

CRISIS EN LA ALDEA GLOBAL

Causas: ¿Ausencia del Estado o excesiva presencia de la Banca?

Autores: Daniel Deu y Daniel Fernández. (Docentes de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas)

El Dr. Daniel Deu colabora actualmente en el Desarrollo y la Gestión de Negocios en la Planta Esterilizadora de Ceniza de Hueso Calcimer S.H.

Las noticias sobre el tema siguen sin darnos tregua. A pesar que por lo general las coberturas periodísticas sobre un hecho tienen una vida limitada, la **crisis económico-financiera mundial** sigue todavía dando de que hablar. Todos los medios de comunicación (televisivos, radiales, gráficos) nos siguen entregando informes sobre la misma, confirmando así su vigencia.

Por estos días la discusión se centra en definir *si lo peor ya pasó*. Esto lleva a preguntarnos ¿Podemos ver ya la luz al final del túnel o debemos seguir un tiempo más a oscuras? No cabe ninguna duda que nuestro estado de ánimo dependerá de la respuesta que encontremos a esta pregunta.

En nuestro anterior trabajo intentamos ilustrar los efectos que produce una situación crítica en la vida cotidiana de un ser humano. También mostramos que el camino -la visión- para soportarla y superarla era mediante la **generación de oportunidades**. En este artículo quisiéramos ocuparnos de analizar el trasfondo que nos llevó a tener que vivir este escenario, y reflexionar sobre qué tipo de acciones podrían considerarse a fin de impedir que en el futuro, se repitan crisis de esta magnitud.

■ **La analogía de la riqueza**

Comenzaremos poniendo el énfasis en un elemento que está tan arraigado a nuestras vidas, que olvidamos cuál es su verdadero significado. Se trata de eso que muchos de nosotros hoy anhelamos poseer como equivalente de la riqueza, el **dinero**, y que sin embargo no siempre desempeñó un rol fundamental; pudiendo la especie humana sobrevivir sin él durante mucho tiempo.

De hecho, podemos también pensar que este *ecosistema económico* en el que hoy intentamos sobrevivir, es producto de la compleja evolución del hombre. A pesar de ello, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que nuestras *necesidades básicas* no han cambiado mucho desde las primeras épocas en la que el hombre habitó este planeta. Para una mejor comprensión de este concepto tan compacto, será de utilidad comentar con un mayor grado de detalle a qué nos referimos, sin intenciones de conservar un rigor histórico impecable.

En tiempos - muy - lejanos, los primeros "*homo sapiens*" vivían en pequeños grupos y no tenían un asentamiento estable. Sus necesidades básicas eran la comida, el abrigo y la defensa ante los peligros. Se satisfacían de una manera muy autónoma: cazar y recolectar frutos, usar pieles, fabricar armas a partir de elementos de la naturaleza y,

eventualmente, emigrar a otras zonas con mayores recursos o mejores condiciones. ¿Les servía para algo encontrar oro? La respuesta es más que innecesaria.

Avanzando en el tiempo, el creciente número de seres humanos y su mayor agrupamiento tornaron al anterior sistema en algo dificultoso. Se encontró entonces una salida: asentarse en una ubicación, sembrar en lugar de recolectar, y criar en lugar de cazar. El cambio enriqueció a cada comunidad con mayor productividad y mejores recursos alimenticios. Para este nuevo tipo de vida sedentaria aparecían - claro - nuevas necesidades, cuya satisfacción se daba a partir de la creación de nuevas herramientas y utensilios.

Aquí surgió un primer conflicto; dada la nueva y creciente variedad de productos, ningún hombre podía por sí mismo conseguir o producir todos ellos en forma habitual. ¿Cuál fue la salida natural en este caso? El tan preciado **intercambio**. De esta forma, cada miembro de la comunidad se especializaba en alguna actividad en particular, procurando obtener recursos suficientes para todos, y luego mediante el intercambio multilateral, las necesidades de todas las personas se verían satisfechas.

Acercándonos un poco más en este recorrido histórico, las sociedades siguieron multiplicándose y fue necesario crear reglas de juego para una convivencia armónica. Focalizándonos en nuestro tema de interés, el nuevo obstáculo se evidenciaba en los problemas que acarreaba el llamado simple trueque, donde para obtener un producto era menester que un individuo encontrase a otro que no sólo tuviese un sobrante, sino que también necesitase algo que justamente el primero tuviese en demasía. Y para ambos casos, en las cantidades y en las calidades deseadas.

Para superar este conflicto se optó por un producto singular capaz de *triangular* los intercambios. Por ejemplo, en un comienzo, fue la sal. De esta forma ya no era imprescindible encontrar un candidato para el *trueque perfecto* (por calificarlo de alguna forma), lo importante era obtener (entregar) los productos a cambio de dar (recibir) kilos de sal. De este modo se optimizó la práctica del intercambio. ¿Se alcanzan a ver ya destellos del significado de nuestro actual dinero?

Demos un paso más. Las sociedades siguieron progresando y comenzaron a aparecer los primeros **mercados**, es decir, un lugar en donde se concentrasen las personas que deseaban ofrecer sus productos sobrantes con aquellos que necesitaban satisfacer sus necesidades. Así se salvaría la dificultad de buscar a la contraparte por un vasto territorio - con el agravante de una casi inexistente red de comunicación -. En este punto, aquellos productos de referencia para el trueque, que en un principio funcionaron tan bien, se toparon con nuevos inconvenientes. Por un lado, su vulnerabilidad al deterioro y su poca maniobrabilidad; y por el otro, su doble rol de patrón de medida y producto objeto de comercio.

El camino propuesto fue reemplazar a los elementos de referencia en el intercambio, por objetos neutrales que no cubrieran una necesidad en sí mismos, sino que por el contrario, funcionasen como meros intermediarios del verdadero valor: los **productos**. Otra condición "*sine qua non*" que debían cumplir estos instrumentos era la de ser bienes

exclusivos, ya que si por ejemplo se optara por el agua o el pasto todos podrían convertirse automáticamente en personas ricas.

La consecuencia de esta idea fue la instauración de los denominados **metales preciosos** como instrumentos de intercambio de bienes y servicios, y como patrón de medida de valor. Presenciamos aquí la aparición del dinero en una forma parecida a la que conocemos hoy en día.

Nos parece oportuno en este punto plantearnos algunas sencillas preguntas: *¿Por qué los metales preciosos fueron, y siguen siendo, equivalentes de riqueza?* Desde ya que un acercamiento a la respuesta sería decir: por su carácter eminentemente escaso. Pero hay muchos otros elementos en la naturaleza tanto o más escasos que ellos, y sin embargo nada movilizan en nosotros. *¿Qué nos lleva a admirarlos? ¿Por qué idolatramos las joyas o relojes fabricados con ellos?* Creemos que estas respuestas están fuera del conocimiento económico, y que pertenecen al campo de la psicología.

Más allá de ello, podríamos afirmar que somos los propios seres humanos quienes creamos y eliminamos, conforme evolucionamos, los conceptos de riqueza, los patrones de opulencia, y el abanico de necesidades que creemos indispensables. Son esas *convenciones mentales* las que nos llevan a desear tener un lingote de oro o envidiar a quien ostenta un collar de esmeraldas.

Dos conclusiones pretendemos extraer de lo expuesto hasta aquí. La primera es que la utilización de los metales -y su sucedáneo el dinero- como instrumento de intercambio, se produce justamente a raíz de optimizar la obtención de aquellos productos que realmente satisfacen nuestras necesidades básicas, y ello sigue siendo así en la actualidad. Todo lo demás, a nuestro entender, es una ficción creada por nosotros mismos. La segunda conclusión es que el conjunto de necesidades que buscamos satisfacer - dinero mediante - varía según la época, el lugar, y la clase social a la que pertenecemos.

Esta escala bien puede responder a la conocida *“Pirámide de Maslow”*: una teoría psicológica sobre la jerarquía de las necesidades humanas, en donde una jerarquía superior sólo puede alcanzarse si las jerarquías menores están completamente satisfechas. La aplicación para nuestro caso es clara; imaginemos el extremo siguiente: *¿Qué sucedería si ubicamos a un desnutrido habitante del continente africano, a un indígena del profundo Amazonas o a un solitario ser del corazón siberiano, y le regalamos un millón de dólares, una valija llena de joyas o un auto de alta gama? ¿Ayudaremos en algo?!* Obviamente que no; sin comida y/o abrigo suficiente, ellos no necesitan nada de eso. Y pensar que nosotros no concebíamos hoy la vida sin electricidad, Internet y hasta un minúsculo celular... Estos elementos son necesidades para nosotros, toda vez que tenemos comida y abrigo relativamente asegurados. La triste reflexión es que a nuestro alrededor hay bastante más gente en la primera circunstancia que en la segunda.

En la unión de estas dos conclusiones es donde encontramos la piedra fundamental del paradigma que en efecto nos gobierna hoy en día: **el dinero NO es riqueza, el dinero NO es alimento; NO es abrigo, NO es protección; NO construye rascacielos.** *Sin embargo, a todos nos parece lo contrario; que el dinero sí es todo lo anterior y mucho más, porque a través de él* - como instrumento de intercambio -

logramos conseguir los alimentos que nos nutren, la ropa que nos abriga, la casa que nos alberga, y los infinitos bienes de consumo y servicios que nos llenan de felicidad. A nuestro entender, esta “**percepción de la realidad**” se manifiesta a través de un conjunto de convenciones que todos - ciegamente o subconscientemente - aceptamos. Y cuando estas convenciones se vuelven muy complejas o se escapan de nuestro control, devienen las catastróficas crisis económicas, que nos recuerdan de un cachetazo la validez que realmente tiene el dinero. -

■ **Evolución de las finanzas**

Habiendo dejado en claro entonces el rol del dinero como instrumento equivalente de aquello que necesitamos para satisfacer nuestras necesidades, continuemos analizando un poco más su evolución, para así tratar de entender esos complejos instrumentos financieros que existen hoy en día, y sobre todo, para comprender el papel que desempeña una institución poderosísima: **el banco.**

Nos habíamos detenido en la aparición de los metales preciosos como instrumento de pago. Una mejora que se adoptó sobre los mismos, para mayor prolijidad de cálculo y facilidad de intercambio, fue la creación de unidades standard de medida: se acuñaron las primeras **monedas**. Estas monedas establecían unidades de dinero y sus fracciones (vale recordar que sea un metro, un kilo o un litro, son todas convenciones aceptadas por nosotros). El valor de estas monedas era intrínseco: el peso del metal existente en la moneda, al valor establecido de ese metal, equivalía al valor de la moneda. Y ese era un valor fijo, como el ya mencionado metro. Esto es lo que técnicamente se conoce como **dinero metálico.**

Pero la cosa no terminó aquí. Cuando se trataba de transportar grandes volúmenes de dinero recorriendo largos caminos hasta otras ciudades, la empresa se tornaba peligrosa: los viajantes estaban más que expuestos a robos y demás imponderables para la época. ¿Cómo se resolvió este inconveniente? Una persona de la ciudad, más que respetable, se ofrecía a guardar y custodiar las monedas, entregando a cambio un papel como prueba de la posesión de dichas monedas. Este papel era desde ya más fácil y seguro de transportar.

Ese hecho fue más que importante: vemos el nacimiento del **papel moneda**. El pequeño papelito con tinta no valía nada en sí; era su significado lo que le daba valor. Quien lo recibía sabía que en un cierto lugar estaba guardado como respaldo el equivalente de monedas de metal precioso (que a su vez son el equivalente de la riqueza en bienes), y por ello mediante la confianza que todos los agentes económicos tenían en ese papel era posible su intercambio como forma de pago. Por ello es que técnicamente se lo denomina **dinero fiduciario**: funciona si todos tienen **fe** en que representa riqueza. Con el dinero fiduciario, se subió un escalón más en lo que nos gusta llamar *ficcionalización de la riqueza*. Pero no fue el último.

El rol que cumplía la persona que guardaba las monedas y las entregaba a cambio del papel, fue el inicio del **banco** como figura económica. Su primera tarea consistió en

guardar y entregar dinero metálico contra el dinero fiduciario. A medida que se consolidaba la organización territorial de las comunidades, estos hombres fueron asociándose para crear instituciones bancarias. Pero conforme se fue ampliando la utilización del papel moneda en las operaciones de pago cotidianas, comenzó a operar una segunda función del banco, probablemente la que hoy en día conocemos por excelencia.

¿Qué sucedió? Los bancos comenzaron a contar con abultadas existencias de monedas con metal precioso que se demandaban en poca medida, dado que la comunidad se acostumbró a operar con los billetes confiando en el respaldo. Por lo tanto había que hacer algo con tanta riqueza ociosa. Comenzó el banco entonces a otorgar préstamos por un lapso limitado, exigiendo que el solicitante le devuelva más riqueza de la que recibió. Mientras no se diese el hecho que todos los depositantes de moneda reclamasen su devolución al mismo tiempo, el mecanismo funcionaría y el banco comenzaría a tener un rédito no asociado a una actividad productiva: **el interés**.

Evidenciado el peligro de que cualquier persona pudiese emular el papel moneda, cada autoridad soberana del territorio (hoy el Estado) monopolizó la potestad de emitir billetes, con garantía de autenticidad, y se reglamentó la actividad bancaria concentrando la guarda del respaldo en metal precioso en una institución centralizada (hoy el Banco Central). Los bancos continuaron con su facultad de otorgar préstamos y captar depósitos de excedentes, cumpliendo así su rol de intermediario entre quienes tienen sobrantes de dinero y quienes tienen necesidad de financiamiento.

Mediante esta actividad, el mecanismo descrito en el párrafo anterior continuó funcionando, y hoy en día se lo conoce como **creación secundaria de dinero**. Su explicación es sencilla: supongamos que una persona deposita su dinero en una cuenta corriente, y con ella, realiza pagos mediante la emisión de cheques. El banco por su parte, no congela ese dinero depositado, por el contrario, lo utiliza para prestarlo a otra persona que lo aplicará en diversas operaciones de pago. Así planteado el ejemplo, la realidad nos dice que tenemos a dos individuos utilizando el mismo dinero. Lo mismo ocurrirá si lo aplicamos en miles de personas; mientras ninguna de ellas sienta el deseo o la necesidad de contar con el dinero en sus manos, el conflicto no se revelará. En síntesis: circula en la comunidad más dinero del que realmente está respaldado por metal precioso. De ahí la denominación: **dinero fiduciario**.

A partir del siglo pasado, la *ficción* se profundizó un nivel más. Paulatinamente todos los países fueron abandonando el denominado **patrón oro**, cuya función era garantizar la convertibilidad de su base monetaria a dicho metal. Ya establecida la disciplina macroeconómica, se sumó la necesidad de las naciones en incrementar su gasto público para lo cual se vieron obligadas a emitir papel moneda más allá de su respaldo. Como consecuencia de ello, el papel que todo el mundo utiliza como sinónimo de riqueza está respaldado simplemente por más papel. A su vez, la máquina emisora del mismo está controlada por el país que ostenta la hegemonía política y económica mundial y a quien todos en este planeta autorizamos a *guionar la ficción*.

Como si esto fuera poco, con la globalización instalada y de la mano de la explosión tecnológica y de telecomunicaciones vivida en los últimos años, apareció el llamado **dinero electrónico**. Todos lo conocemos muy bien: a nivel global, ya casi no utilizamos billetes y monedas para cobrar o pagar bienes y servicios; los reemplazamos por tarjetas, unos “clics” en la computadora, o mediante algunas teclas del teléfono celular. Una serie de *ceros* y *unos* puede llevarnos de la gloria a la ruina. **La artificialidad ya es casi absoluta.**

■ **Controlar para moderar**

Lo invitamos a que vuelva a recorrer imaginariamente el camino que transitamos los seres humanos desde la época en que cazábamos nuestro alimento hasta la actualidad, en donde esperamos en fila para operar con el cajero automático. Sin lugar a dudas, el *ecosistema económico* necesita de un delicado equilibrio y un gran esfuerzo mental de parte de todos nosotros. Que quede bien claro: no renegamos de su existencia, pero enfatizamos - como ficción que es -, en que debemos estar muy atentos a los exabruptos que provocan unos pocos y vigilar cuidadosamente al sistema en pos del real beneficio de la sociedad en su conjunto.

El hecho de que sobrevenga una crisis tras otra, tal como lo demuestra nuestra historia, nos debe alertar para tomar las medidas necesarias que nos ayuden a prevenir males mayores en un futuro. Porque visto así parece muy penoso que exista gente con hambre y desamparada por causa de algo que sólo acontece por nuestra propia voluntad. ¿O acaso realmente queremos que exista, por ejemplo, el hambre y la desnutrición?

Volvamos a poner la lupa sobre un actor central. En realidad, decir hoy en día que “*el banco*” es un establecimiento de crédito, queda ya muy chico. Ahora debemos referirnos a ***la banca***: un concepto más envolvente donde están incluidos además del clásico banco, las sociedades de bolsa, los fideicomisos, las sociedades gerentes de fondos comunes de inversión, los fondos de riesgo, las casas de cambio, las empresas financieras y los agentes en general. Su objetivo, más allá de las complejidades técnicas que quieran imprimirles y de los nombres intrincados con que bauticen a sus instrumentos, es básicamente el mismo: cobrar más intereses de los que se pagan, vender títulos a mayor valor del que se compran, y obtener comisiones por actuar en nombre de terceros.

Las actividades que llevan a cabo quienes se desempeñan en el ámbito financiero, si bien pueden ser mentalmente estresantes, distan mucho del esfuerzo que demandan realizar las tareas en la agricultura o en la industria. No es casual que tributariamente las ganancias financieras lleven el mote de “*rentas no sudadas*”. Y tal vez es esta apariencia de “*riqueza fácil*” o de inmejorable relación costo-beneficio, la que desemboca - si bien humanamente natural - en una conducta nociva para el conjunto de la comunidad: la **codicia**.

Recordemos - y nunca perdamos de vista - que aunque nos refiramos a *la banca* como un concepto abstracto, en realidad estamos describiendo a un conjunto de personas físicas: hombres y mujeres de carne y hueso que toman decisiones en el marco de su trabajo; que tienen familia; hobbies, sueños y miedos. Todos somos codiciosos en alguna

medida; la diferencia radica en que un tornero, por caso, busca dinero trabajando más duro, no siendo este su objeto de trabajo. En la banca, en cambio, el dinero es la mercancía en sí y trabajar con él, a veces en enormes volúmenes, puede exasperar el sentimiento de quienes lo manejan.

Obtener como comisión un pequeño porcentual de una gran masa de dinero manipulado, y con el sólo hecho de decidir transferencias, puede sonar más que apetitoso. Y hay una creencia aún más dañina para la sociedad en su conjunto: el sueño de muchos es poseer una cantidad suficiente de dinero el cual les reporte la ganancia suficiente, para obtener riqueza con poco esfuerzo. ¿Dónde está el peligro? En que **el dinero no genera más dinero, sólo lo transporta**, y en el conjunto de la sociedad no se genera riqueza alguna. A diferencia de aquel, una semilla se transforma en frutos: allí se generó riqueza; un trabajador fabricó un producto con sus manos: allí también se generó riqueza; lo mismo en el caso de una máquina que transforma materiales en una herramienta útil.

Pero cuando se trata de un ingreso financiero, éste proviene del egreso que otro agente tuvo; cuando alguien compra una acción y luego la vende más cara a otro agente, la ganancia del primero es soportada por el segundo, y a su vez el resultado de éste depende de la futura contraparte de la transacción, dándole vida eterna al ciclo. Ya lo decía Aristóteles - que conoció y profundizó casi todo lo que se sabía en su tiempo -, cuando discutió problemas de teoría monetaria, tal como las funciones del dinero, y condenó el interés por considerar que *“el dinero no puede engendrar dinero”*, pues no es sino una *“unidad para facilitar el cambio”*.

En el génesis de la actual crisis, en nuestra aldea global se creaban instrumentos financieros (papeles) que estaban apoyados en otros instrumentos, que a su vez representaban un grupo de títulos (más papeles), y que sostenidos por una creencia general optimista (aquí lo ficcional) aumentaban de precio de manera constante. Como defensa a este mecanismo, operaban las calificadoras de riesgo que aun en la actualidad ocupan el rol de evangelizadoras de la creencia. Así se fabrica la tan mentada *“burbuja”*, que crece sin cesar hasta que un determinado momento aquella creencia comienza a sufrir cuestionamientos, y de pronto, **la falta de fe derrumba al sistema como un castillo de naipes**.

Pero cuidado: en este derrumbe no todos son los que pierden; por el contrario, aquellos que supieron entrar y salir a tiempo del juego conservan la ganancia, esa que todos los demás agentes ven pulverizada. Al fin y al cabo es un juego de suma cero. El grave conflicto para todos nosotros es que la desconfianza se traslada a otros ámbitos del *sistema mayor*. Entonces, la gente comienza a plantearse preguntas como estas: *“si esto no era cierto ¿Qué garantiza que lo demás sí lo sea?”*. Ese temor se generaliza rápidamente y se traslada a la llamada **economía real**, la de los bienes y servicios.

Un futuro incierto con noticias poco alentadoras nos lleva - por precaución - a limitar el consumo; pero lamentablemente, vivimos en un sistema que sólo subsiste gracias al mismo. Nuestra actitud perjudica al sistema, y las señales de mayor caída nos dan más temor aun. Otro círculo vicioso, producto de las llamadas **profecías autocumplidas**:

nuestro accionar por miedo a que pase algo, provoca que suceda eso que no deseábamos.

Queremos en este punto dejar nuevamente algo en claro: tampoco renegamos de la existencia de las instituciones financieras - la banca -. Ellas cumplen un rol fundamental de arbitraje en el sistema, canalizando los recursos financieros y posibilitando inversiones productivas de gran envergadura, cosa que no podría ocurrir mediante préstamos entre particulares. El conflicto se da cuando este rol genuino es dejado a un costado para pasar a succionar dinero y colocarlo en escasas manos. Y es allí donde debería existir un fuerte control cuyo objetivo principal sea el de evitar esos desmanes.

Lo positivo es que el remedio contra las burbujas y moderador de la banca parece estar inserto en el mismo sistema que creamos. Se trata de un agente con el poder suficiente para doblar posiciones y con el altruismo suficiente para velar por nuestro bienestar: se trata del **Estado**. Claro que no cualquier tipo de Estado; uno cuya filosofía sea fomentar el equilibrio y la prosperidad general. Y dado que el Estado - aunque caigamos en la reiteración - también es un conjunto de hombres y mujeres que toman decisiones, es nuestra exigente tarea la de elegir con sabiduría a nuestros representantes dentro del marco democrático.

Nuestra creencia es que el Estado - cada Estado -, si realmente brega por el bienestar general, debe establecer una red de controles fuertes y constantes sobre la actividad financiera. Sobran expertos en la disciplina macroeconómica capaces de proponer e impulsar políticas activas con el fin de regular nuestro ecosistema, sin que ello signifique despojarnos de nuestra libertad de decidir. Creer que el mercado se regula a sí mismo y que por ello el Estado debe *dejar hacer* - "*laissez faire*"-; *dejar pasar* - "*laissez passer*" -, encierra un error conceptual: el argumento puede ser cierto, pero el equilibrio al que se llega acarrea la exclusión y abandono de demasiados seres humanos. Y si todavía nos quedan entrañas en nuestro cuerpo, no podemos hablar de *equilibrio*.

Es indudable que el Estado debe intervenir para buscar el equilibrio de prosperidad en la población por sobre el equilibrio teórico del mecanismo abstracto. Recordamos a Hobsbawm cuando alerta sobre la preponderancia de los valores bajo un **individualismo asocial absoluto**. Decididamente bajo el sistema en que vivimos, los seres humanos tendemos naturalmente a la inequidad y al caos si no somos encausados por un Estado vigilador, que se preocupe por los conflictos sociales. Habrá que darle crédito a Hobbes cuando postuló que "*el hombre es el lobo del hombre*".

■ Con la mirada hacia el futuro

La evolución que el ser humano ha tenido no puede menos que calificarse de extraordinaria. Incluso sin mirar tan lejos, los avances tecnológicos en todos los planos y las invenciones con las que hoy en día contamos, ni siquiera hubieran sido imaginadas tan sólo quinientos años atrás. Y el soporte estructural por detrás de todo esto ha sido también el sistema económico que hoy nos obliga a pasar tiempos tormentosos. No debemos

negar su necesidad o intentar desterrarlo, pero sí podemos buscar que **evolucione**. Midiendo la riqueza a través del dinero, **no corresponde que nos sintamos conformes cuando unas trescientas veinte (320) personas poseen más del treinta (30%) por ciento del total de la riqueza de un planeta que lo habitan seis mil quinientos (6.500.000.000) millones de almas**. Un sistema que se jacta de ser inmejorable no puede permitirse semejante desequilibrio.

Cada día convivimos con diferentes términos financieros, los cuales se amplían de manera permanente: acciones, divisas, commodities, bonos, obligaciones negociables, cuotas partes, índices, opciones, cauciones, securities, cédulas y las flamantes hipotecas subprime. Vemos a la banca involucrada en su negociación, corriendo con las pulsaciones elevadas, persiguiendo rumores, creando tendencias, buscando el óptimo beneficio y, en última instancia, fomentando picos de presión e infartos. Escuchamos que existen burbujas y cuando revientan, llegan la crisis; nos caemos, nos levantamos y el ciclo vuelve a empezar, dejando secuelas cada vez más caóticas.

Esta situación cíclica es más que riesgosa, pues como la historia nos enseña, las crisis económicas que se producen son cada vez más fuertes y exigen mayores esfuerzos para morigerar sus efectos nocivos. Deberíamos comenzar a pensar, aunque parezca algo inusual, que este gran sistema económico que creamos utilizando al dinero como medio transmisor de la riqueza, es una *mega-burbuja*, quizá la madre de todas las burbujas. Por ello, debemos ser cada vez más cuidadosos a fin de evitar que ésta no explote.

Lo que preocupa es que constantemente y con mayor insistencia se busquen nuevas y más complejas formas de representar al dinero y traspasarlo de un lado a otro, con el mero objetivo de acumular una mayor riqueza personal. Si no se establecen controles adecuados que moderen al sistema y garanticen un cierto equilibrio, en el largo plazo, pueda devenir una crisis sin precedentes provocando que esta gran ilusión se desvanezca para siempre, y nos volvamos a dar cuenta - tal vez muy tarde ya - que lo que verdaderamente necesitábamos, por encima de todo, era el **aire y el agua**.